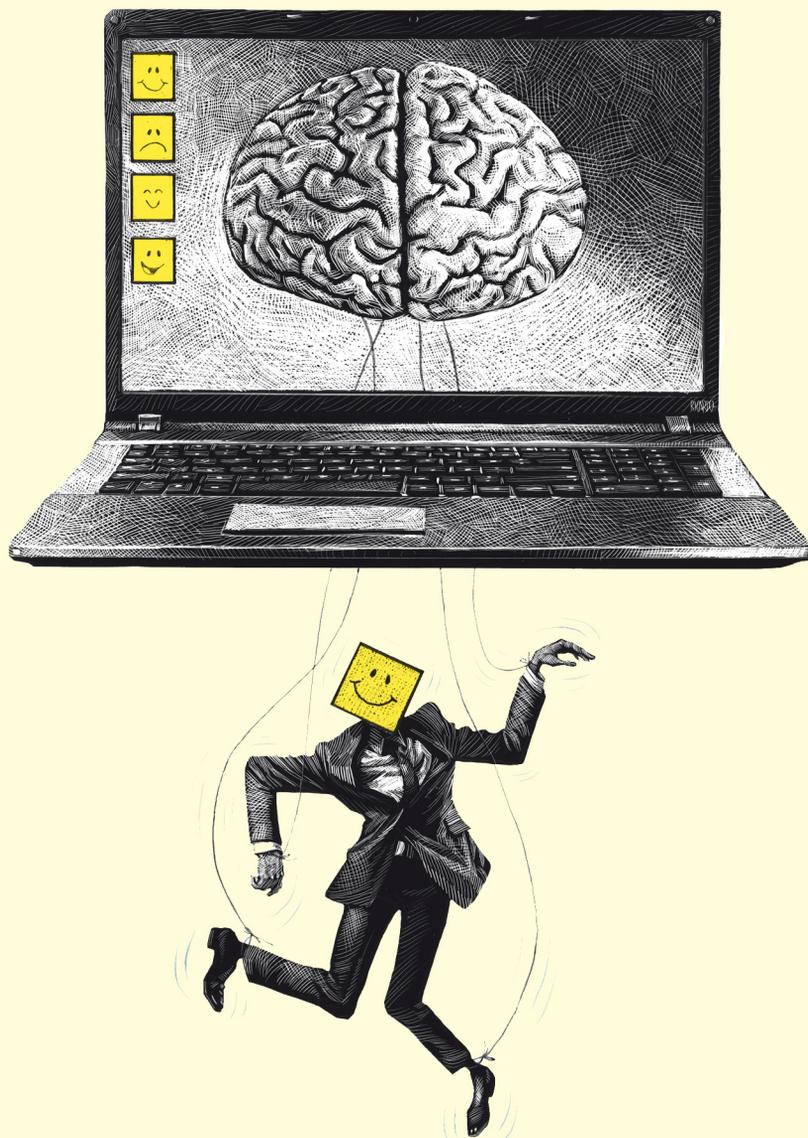


JOSÉ ANTONIO JÁUREGUI

El ordenador emocional



El ordenador emocional

en
sayos

José Antonio Jáuregui

El ordenador emocional

*No sentimos lo que queremos,
sino lo que el cerebro nos impone*

Prólogo de Federico Mayor Zaragoza
Ex director general de la Unesco



Primera edición: noviembre de 2016

© Herederos de J. A. Jáuregui, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: JM

ISBN: 978-84-946164-2-6
Dep. Legal: M-37680-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © Ricardo Martínez 2016

Impresión y producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Durante la lectura de *El ordenador emocional*, de José Antonio Jáuregui, muchas veces me observé a mí mismo como si, a ejemplo del filósofo antiguo, llevara en la mano una antorcha que va alumbrando los caminos secretos que podrían conducirme a la comprensión de mi cerebro y de sus acciones: tenía la sensación de buscarme a mí mismo, y más que eso, la sensación, en cada momento, de que ya me había encontrado. Después de la lectura de Groddeck no recuerdo otra obra que me haya estimulado tanto.

JOSÉ SARAMAGO, Premio Nobel de Literatura

José Antonio Jáuregui fue un pionero de la sociología y la biología evolutiva, y un pensador original de primera categoría. Sus aportaciones más conocidas nos han ayudado a comprender la naturaleza biológica de la mente humana, y lo que ese vínculo con las demás ciencias naturales significa para nuestra percepción de la condición humana.

EDWARD O. WILSON, Premio Pulitzer en 1979 y 1991

El ordenador emocional es una delicia. Al fin he aquí un autor que demuestra que los sentimientos son la clave de la vida humana. La creatividad es emoción.

HEINRICH ROHRER, Premio Nobel de Física

Nos ha llamado la atención *El ordenador emocional* por la originalidad de su teoría. Estoy convencido de que José Antonio Jáuregui forma parte de los pensadores europeos originales.

ILYA PRIGOGINE, Premio Nobel de Química

Querido Jáuregui: Le felicito por la claridad de la exposición y la agudeza de su análisis [...], haciendo gala de un fino sentido del humor, esa virtud tan necesaria y escasa.

CAMILO JOSÉ CELA, Premio Nobel de Literatura

Pensador original, emprendedor académico, divulgador científico, erudito, europeísta... José Antonio Jáuregui fue todo un personaje, cuya obra sigue tan vigente y estimulante como en su momento.

ÁNGEL VIVAS, *El Mundo*

Lo mejor del libro es aludir a muchas de las insondables claves de la condición humana: la libertad, la voluntad, el destino...

RAFAEL TORRES, *El Mundo*

José Antonio Jáuregui era un hombre emprendedor, continuamente buscando nuevos horizontes para el desarrollo científico en el área antropológica, gran conversador y comunicador, que disfrutaba de una bien merecida celebridad en la comunidad internacional.

RAMÓN TAMAMES

José Antonio Jáuregui es considerado como uno de los pioneros del concepto de la identidad cultural europea. Además de haber sido uno de los principales investigadores de los vínculos culturales entre los pueblos de Europa.

AITOR HERNÁNDEZ-MORALES, *El Mundo*

PRIMERA PARTE

EL ORDENADOR EMOCIONAL

1

EL SISTEMA EMOCIONAL

El sistema emocional como sistema informativo

Al comenzar a leer estas líneas, usted, lector, no sabe qué está ocurriendo en su sistema digestivo. Su ordenador emocional, en cambio, tiene una información detallada de la situación precisa de su actual estado digestivo. Tal vez en este mismo instante los nervios de su sistema digestivo han informado a su cerebro de la localización de un gas de una determinada composición química con unos grados de presión concretos contra la pared de una sección específica de ese intestino. El cerebro ha consultado automáticamente el programa del sistema digestivo y ha descubierto que un tal gas de dichas características colocado en un tal lugar debe ser eliminado inmediatamente (expulsado al exterior). Además, el cerebro se ha topado en este programa con la orden de informar al individuo de este estado de cosas. Usted, lector, siente de repente ganas de expulsar un gas. El cerebro le ha enviado el siguiente recado: «Hay que expulsar un gas por la parte inferior». Usted ha recibido esta información. El cerebro le ha informado con precisión de algo que usted ignoraba del todo.

El que le ha enviado esta información es su cerebro. Usted ha recibido pasivamente este recado. ¿Quién es el cartero o mensajero que le ha traído esta carta? ¿De qué canales o medios se ha valido el cerebro para hacerle llegar a usted esta información? El sistema de correos y telégrafos del cerebro es el *sistema emocional*: usted ha sentido de repente algo: las ganas de expulsar un gas de una tubería orgánica precisa (podría haber sido por la parte superior). El cerebro halló en el programa del sistema digestivo, al ser informado por el sistema nervioso de la colocación de dicho gas, esta orden: «Infórmese al individuo de la existencia de este gas y de la necesidad de expulsarlo con el disparo de ganas de eliminarlo en tantos grados» (los grados o intensidad emocional son proporcionales a los grados de perjuicio que este gas puede acarrear al sistema digestivo). El cerebro le envió a usted este recado al comenzar la lectura de este libro («un suponer», como se dice en la jerga madrileña). Usted no tenía ni idea de que un tal gas se hubiese alojado en un lugar impropio; usted no sabía qué gases deben ser eliminados, ni de dónde, ni cuándo, ni cuál es la urgencia, ni por qué motivos procede que un tal gas sea expulsado, ni por qué razones estructurales sea necesario eliminar ciertos gases para que pueda funcionar la república digestiva. Ahora está usted informado de la necesidad precisa de realizar este trabajo mecánico en colaboración estrecha con su cerebro y con su sistema digestivo. Uno de los sistemas de información más ingeniosos, más rápidos, más precisos y más complejos es el sistema emocional instalado en el cerebro.

El sistema emocional es un sistema genético de información mediante el cual el cerebro informa al individuo —a usted, lector, o a mí, escritor— sobre qué debe hacer, cuándo y cómo, y cuál es el grado de urgencia o de emergencia del trabajo que debe realizarse. Es un proceso parecido al que ocurre entre los controles automáticos de un avión y el piloto. Los controladores automáticos son una compleja maquinaria equipada con unos programas determinados.

Si este sistema automático se percata de una fuga de líquido hidráulico y existe un programa automático por el que, si una tal fuga tuviera lugar, este sistema dispararía una alarma fónica y una luz roja intermitente, este sistema automático llama la atención del piloto, que en ese momento estaba hablando de otros temas con una azafata guapa y zalamera, informándole de la fuga del líquido hidráulico mediante el disparo de dos alarmas, una visual y otra fónica. La diferencia estriba en los medios o canales de información que utiliza el ordenador emocional: disparo de sentimientos concretos (dolor de muelas o ganas de comer) y matemáticamente precisos en intensidad (ganas leves de eliminar del sistema digestivo sólidos, líquidos o gases o ganas vivísimas en casos de emergencia). René Descartes,¹ entre otros, no dio en el clavo cuando intentó descubrir la naturaleza y función de los sentimientos en su célebre libro *Meditaciones metafísicas*. Excomulgó de la iglesia científica a los sentimientos, condenándolos como «*confusi status mentis*», estados confusos de la mente, como «ideas confusas». Esta es en verdad una idea confusa. En este libro intento descubrir y explorar la naturaleza y función de los sentimientos como un sistema de información fiable, rápido, matemáticamente preciso: el sistema emocional de información.

Dada la enorme influencia que ha ejercido Descartes en el mundo del pensamiento, sus observaciones poco afortunadas y en verdad confusas no han favorecido el descubrimiento del sistema emocional, el continente desconocido en la geografía de la ciencia. Descartes, por otra parte, esgrimiendo otras razones a su juicio de peso, decretó como pontífice *ex cathedra* que los sentimientos no solamente debían considerarse como ciudadanos de segunda debajo de las ideas en la república del conocimiento, sino que debían ser expulsados como *persona non grata*, como el extranjero indeseable al que se le retira la ciudadanía y residencia. El argumento aducido por Descartes en este caso consiste en resaltar la poca garantía que ofrecen los sentimientos al meternos gato por liebre: los sentimientos

indican al sujeto que puede y debe beber cuando, dado su estado febril, esta bebida le es perjudicial e, incluso, le permiten que ingiera un veneno que le causará una muerte segura, sin haberle advertido a tiempo del carácter nocivo y del peligro mortal que encerraba. Descartes tenía razón en estos ejemplos específicos. Los sentimientos pueden engañarnos. Como sistema humano, el sistema emocional no es siempre perfecto o exacto ciento por ciento y puede no advertir a tiempo al individuo de algún alimento nocivo que se ha colado en la república digestiva sin haber sido detectado por los aduaneros del cerebro. Descartes cometió aquí el error de echar por tierra el sistema emocional como sistema informativo dejándose ofuscar por las sombras del cuadro —errores mínimos y excepcionales—, sin detenerse a descubrir y admirar el cuadro maravilloso de uno de los sistemas informativos más ingeniosos y sofisticados que quepa imaginar. No sería una medida sabia ni prudente cortar la cabeza para suprimir el dolor de cabeza. Es verdad que «eliminando la cabeza se elimina el dolor de cabeza», pero la cabeza no solamente genera dolores, ni el sistema emocional es principalmente una fuente de error que lleva al individuo a ingerir la alimentación que no conviene a su sistema digestivo.

El cerebro es un ordenador complejísimo programado para informar al individuo con precisión de reloj suizo y con la celeridad del rayo de cuanto debe hacer o evitar en todo momento para que se mantenga su cuerpo y sociedad a través del servicio de correos de los sentimientos. El ordenador cerebral informará al individuo de cualquier cuerpo extraño que ha penetrado las fronteras de su cuerpo, por ejemplo, un pelo en su ojo, y le indicará cómo debe proceder con un tal intruso. El ordenador cerebral indicará al individuo, si es varón, cuándo debe depositar su simiente genital, dónde, cómo y cuál es el grado de necesidad o urgencia matemáticamente precisa de realizar este trabajo social. Sacar un pelo del ojo es algo útil para el buen funcionamiento de las cámaras orgánicas. Depositar la si-

miente masculina en el lugar previsto por la naturaleza es un trabajo útil para el mantenimiento de la sociedad. Intentamos probar en este estudio a René Descartes y a cualquier lector interesado que una de las obras de ingeniería genética más maravillosa es el sistema de comunicación que ha lugar entre el ordenador cerebral y el individuo a través de un sistema sofisticado, complejísimo, sin solución de continuidad, matemáticamente preciso y rapidísimo: el sistema emocional.

Mediante el disparo de un arcoíris colorista de sentimientos (dolor de muelas, placer de reír, tristeza de perder la vista, alegría de vencer, alegría al encontrar a un hijo perdido, tortura de vergüenza por haber cometido incesto y tantos otros), el ordenador cerebral informa al individuo del estado de sus muelas, de sus ojos, de su hijo, de su suegra, de su sociedad territorial, y le indica qué debe hacer con su antena genital, con su boca o con su suegra con instrucciones detalladas de manual japonés. A través del viaje de nuestra vida, toda vez que hemos salido de la morada materna donde hemos estado nueve meses de alquiler (a diez mil dólares está el alquiler en estos momentos en Estados Unidos según inferimos de los célebres juicios de las llamadas *surrogate mothers*, madres de alquiler), el ordenador cerebral nos enviará millones y millones de recados, indicándonos cuándo y cómo debemos eliminar un gas, hacer el amor, comer, reír, llorar, vivir e incluso hacernos verdugos de nosotros mismos, siempre y en cada ocasión utilizando el mismo canal: los sentimientos. El sistema emocional es un sistema informativo.

El sistema emocional como sistema de presión

El ordenador emocional, al disparar una sensación ingrata al individuo, le ha informado de algo que él ignoraba («hay un pelo en tu ojo izquierdo»), pero además, y al mismo tiempo, el ordenador

cerebral le da órdenes precisas: «Sácate del ojo ese pelo inmediatamente». El sistema emocional es a la vez un sistema informativo y un sistema autoritario de gobierno, un sistema de presión con unos poderes omnímodos, como veremos. El ordenador cerebral, cada vez que le informa al individuo de algo que no sabía, al mismo tiempo le da alguna orden precisa o tajante. El que da órdenes a alguien debe estar en situación de poder (de poder dar esas órdenes). El que gobierna, el que ordena y manda, necesita disponer de unos medios de presión, premios y castigos, que le permitan persuadir a sus súbditos a cumplir las órdenes dadas. Los sentimientos son «el palo y la zanahoria», los premios y castigos, la palanca de presión que la naturaleza ha puesto en la bandeja de plata genética del ordenador cerebral para que este pueda persuadir y presionar al individuo a que cumpla con las órdenes recibidas. Los nervios del pulgar de la mano izquierda informan al ordenador cerebral de que la superficie interior de la punta de este dedo ha sido puesta en contacto con un cuerpo rusiente a 120 grados. El ordenador cerebral consulta el programa de temperatura prescrita para esta zona somática, detecta una infracción de 90 grados y descubre que debe disparar en este caso un sentimiento específico (sensación ingrata de quemazón) de 90 grados (dolor vivísimo). Al disparar este sentimiento, el ordenador emocional informa al individuo de algo que ignoraba, al estar ocupado en otros menesteres: «La punta del dedo pulgar de tu mano izquierda está en contacto con una temperatura muy alta». Al mismo tiempo, el ordenador cerebral da al individuo órdenes precisas y tajantes: «Quita el dedo de ese lugar rusiente echando chispas o, si no, te seguiré torturando con este dolor vivísimo de infierno dan-tesco». El ordenador emocional se comporta con el individuo como el domador con una fiera en el circo: «Salta a través de ese aro de fuego o, si no, te daré con el látigo». El látigo del ordenador cerebral son los sentimientos. Puede el individuo desobedecer las órdenes del ordenador cerebral (dentro de unos límites genéticos previstos), pero

no puede evitar los latigazos del ordenador cerebral. Puede seguir teniendo el dedo colocado en un hornillo que lo va asando como un cordero en la parrilla, pero no puede evitar el sufrir la tortura prevista en el programa del ordenador emocional.

El sistema emocional como sistema objetivo, automático y matemáticamente preciso

El sistema emocional es un ingenioso sistema de información y de presión genéticamente instalado, automático, independiente, rígido y matemáticamente preciso. El individuo —usted, lector, y yo, escritor— está gobernado por el ordenador cerebral mediante descargas emocionales. Pero ¿no media un abismo entre un ordenador y un cerebro precisamente por el hecho de que el ordenador no siente nunca nada? Ningún ordenador puede sentirse ni triste, ni contento, ni aburrido, ni enfadado. He estado dándole vueltas a este jeroglífico en mi cabeza durante muchos años (iba a decir durante muchos siglos, ya que en nuestra especie un problema es abordado por muchos pensadores desde diversos ángulos durante siglos. Se trata de un proceso multiseccular en el que uno quizá logra poner su granito de arena).

Los sentimientos son subjetivos e inabordables, y, sin embargo, en otro orden de cosas, son objetivos, matemáticamente precisos y, por tanto, objeto de estudio y análisis científico. Desenredar esta madeja se las trae, ya que sentimientos, ideas, sensaciones, lo que llamamos «yo» y «tú» —el sujeto—, y el cerebro están íntimamente conectados y entrelazados. Podemos y debemos, sin embargo, distinguir dos mundos dispares: el ordenador cerebral y «yo», el sujeto o individuo. El ordenador cerebral, como cualquier máquina, no siente ni puede sentir nada. El ordenador cerebral, como cualquier ordenador, no siente nada; solamente el sujeto siente. Pero esta es

solamente una cara de la moneda. Si damos vuelta a esta moneda descubrimos esta otra cara, la parte más paradójica e increíble del misterioso mundo de los sentimientos: el ordenador emocional, bajo la batuta de programas que funcionan con total independencia del sujeto y con precisión matemática, tiene la llave que abre las puertas de los sentimientos. El individuo no puede nunca arrebatar esta llave al ordenador cerebral. El ordenador cerebral² decide automáticamente, siguiendo instrucciones de programas automáticos, qué debe sentir el sujeto, cuándo y cuánto. Si el individuo tuviera en sus manos la llave que abre la puerta de los sentimientos, sería feliz. Tiraría por la borda todos los sentimientos que amargan su vida (dolores de cabeza, depresión, angustia, tristeza) y se otorgaría a sí mismo todos los sentimientos que le resultan agradables. La naturaleza (o quienquiera que haya diseñado la ingeniería genética del individuo humano y de su sociedad) ha decidido que el individuo tendrá que realizar diariamente ciertos trabajos para que pueda funcionar y mantenerse su cuerpo y sociedad. La naturaleza ha creado un ingenioso sistema de pagos biológicos y de pagas extraordinarias para este obrero de su cuerpo y de su sociedad: los salarios emocionales. El ordenador cerebral le ofrece un contrato al individuo: «Realiza ahora mismo este trabajo y yo te pagaré este salario emocional. Come ahora y te pagaré en metálico esta cantidad concreta de placer». El individuo no puede obtener del ordenador emocional el pago de placer, a menos que realice el trabajo prescrito por el ordenador: «Mientras no comas, no te pago el placer de comer». El ordenador cerebral es un banco que no adelanta nunca pagos. Encontraremos en este curioso e ingenioso sistema de contratos entre el ordenador y el sujeto, una ley genética que rige la intensidad de los sentimientos: «Cuanto más importante sea el trabajo que hay que realizar, sea para el bien del cuerpo o de la sociedad, más alto es el salario emocional, más intenso el placer ofrecido y pagado». El ordenador cerebral paga algunos céntimos emocionales al sujeto

(supongamos que es un varón) por enviar imágenes de las piernas de una joven atractiva al departamento visual del cerebro; el ordenador emocional pagará al sujeto una suma de placer más elevada por explorar con las manos las piernas de esta joven e irá subiendo el salario a medida que esta exploración manual se extienda a otras partes más íntimas de la geografía de su cuerpo; pero el ordenador cerebral solamente le pagará «un pastón» de placer (todos los pagos anteriores no pasan de ser «calderilla» a su lado) cuando el varón haya realizado el trabajo que la naturaleza había decretado: depositar la mercancía genital en el lugar prescrito de la hembra requerida. Si no se remata la faena, el ordenador emocional no paga la suma importante de placer estipulada en el contrato. Por cada trabajo concreto, tal salario de placer. En nuestra opinión, estas dos leyes, como este estudio pondrá de manifiesto, están instaladas en el cerebro.

El ordenador cerebral, guiado automáticamente por estas dos leyes genéticas, dirige y gobierna al individuo. Solamente el sujeto siente, pero siente lo que el ordenador cerebral decide inconscientemente y automáticamente en cada momento de su vida. El individuo está obligado a sentir (tal placer concreto o tal dolor específico), con una intensidad precisa, con una duración impuesta, a tenor de leyes rígidas inamovibles e inalterables, como está obligado a habitar en una morada somática que le es dada: cuerpo de tal estatura, de tal color de piel y ojos, de tal diseño, con tales funciones orgánicas (piedras en el riñón, esclerosis en placas, derrame cerebral, cáncer de hígado) y con un plan previsto de deterioro y destrucción irreversible. El individuo está sometido al gobierno autocrático y hasta despótico del ordenador cerebral, que tiene en rigurosa exclusiva el látigo de los sentimientos. Solamente el león siente el dolor del latigazo. Pero solamente el domador tiene en sus manos el látigo. El ordenador emocional no siente el dolor del latigazo; solamente el sujeto es capaz de sentirlo. Pero el ordenador emocional, como el domador, tiene a su disposición el látigo de los sentimientos en rigurosa

exclusiva (genética), sin que el individuo tenga posibilidad alguna de hacerse con esta arma.

El sistema emocional como sistema de castigo

En mi primera exploración del sistema emocional creí descubrir que el ordenador cerebral negociaba con el individuo ofreciéndole premios, salarios o recompensas (sentimientos agradables) o bien amenazándole con castigos y torturas (sentimientos desagradables). Al fin he llegado a esta conclusión: no existen premios emocionales, sino solamente castigos; no existe el placer, sino el dolor o malestar. Descubrimos tres tiempos o fases en el proceso de negociación entre el ordenador emocional y el sujeto: 1) antes de la acción; 2) en la acción; 3) después de la acción. Tomemos como ejemplo: 1) antes de comer; 2) durante la comida; 3) después de comer. Primero creí que antes de comer el ordenador cerebral, al ser informado de la situación del estómago, ofrecía al sujeto un contrato en estos términos: «Si comes ahora, te pagaré el grato placer de comer». Ahora he llegado a una conclusión muy distinta. El cerebro, una vez que ha sido informado de la necesidad de enviar alimentos a los laboratorios del estómago y, una vez consultado el programa digestivo, dispara automáticamente un sentimiento desagradable: el hambre. El ordenador cerebral empieza la negociación incordiando al sujeto. De hecho, el ordenador cerebral empieza la negociación en el primer tiempo, de esta guisa: «Si empiezas a comer, iré suprimiendo esta sensación incómoda grado a grado a medida que vayas enviando la mercancía prescrita al estómago». Supongamos que el sujeto decide aceptar este contrato: empieza a comer. Entramos en el segundo tiempo. El sujeto vive la ilusión de recibir un salario de placer por cada mordisco que le da a la pata de cordero lechal. En realidad, lo que ocurre es que el ordenador cerebral va rebajando la sensación ingrata del

hambre en una proporción matemática: eliminar un grado de hambre por tal cantidad de alimento que llega al estómago. Finalmente llegamos al tercer tiempo: después de comer. El individuo no sabría cuándo debe dejar de comer, cuál es la cantidad precisa —ni más ni menos— que necesita su estómago en ese momento. El ordenador emocional le dirá: «Basta», suprimiendo el último grado del hambre. «¡Qué bien me he quedado! ¡Ostras, Pedrín! ¡Qué hambre tenía y cómo estaba el cordero! ¡Ahora sí que me siento de maravilla!». En realidad, lo que ha ocurrido es que el ordenador cerebral ha cancelado del todo la sensación ingrata de hambre que le había obligado a padecer a tantos grados de intensidad.

Sócrates, minutos antes de beber la cicuta —nos cuenta Platón en los célebres *Diálogos*—, como el carcelero le quitara de una de sus piernas una pesada cadena, exclamó: «Qué cosa tan extraña es eso que los hombres llaman placer, y qué estrechamente ligado está al dolor, aunque pensemos lo contrario, ya que el placer y el dolor no pueden nunca coincidir. Cuando experimentamos uno de los dos, tenemos que esperar al otro, como si ambos estuviesen inseparablemente unidos. Si a Esopo se le hubiera ocurrido esta idea, habría inventado una fábula. Habría dicho que Dios intentó reconciliar a estos dos enemigos y, no pudiendo lograrlo, tuvo que atarlos a los dos a la misma cadena. Desde entonces, cuando uno de los dos aparece, el otro no tarda en seguirlo. Esto es lo que me acaba de ocurrir a mí ahora mismo. Al dolor que me producían estas cadenas ha seguido una sensación de placer».³

Muchas veces he leído y releído estos *Diálogos* de Platón. Solamente después de haber escrito *El ordenador emocional*, este párrafo que acabo de citar me hizo exclamar para mis adentros: «¡Por Dios! Aquí Sócrates estuvo a una milésima de milímetro de descubrir esta ley (genética): lo que aparece como placer, lo que parece al individuo que es placer, no es en realidad más que la eliminación del dolor, de la sensación incómoda». No se dan de hecho, como creyó

Sócrates y el sentido común da por bueno («algo de cajón»), dos especies de sentimientos: el placer y el dolor. Solamente existe el dolor, el sentimiento ingrato, la sensación incómoda. El placer no es más que la eliminación del dolor. El individuo, por tanto, tiene que comprar el placer —como cree en el mundo de sus ilusiones— con el previo pago del dolor. El que no tiene previamente cadenas en su pierna, el que no adquiere previamente la moneda del dolor, no puede sentir o comprar el placer que consigue al eliminar el dolor. Si el hombre quiere obtener algún placer, necesita primero apechugar con algún dolor de las cadenas que sean. Esta es una de las leyes genéticas que creemos haber descubierto y que exploraremos desde diversos ángulos a lo largo de este estudio. El cerebro, como un ordenador automático y mecánico, negocia con el sujeto en estos términos: «Si te quitas ahora estas cadenas —cualesquiera que sean las ganas y el trabajo correspondiente que deba realizarse—, dejaré de incordiarte con estas sensaciones ingratas».

Libertad limitada del individuo

¿Es, pues, el hombre un robot emocional? Si la naturaleza manipula al cerebro con mecanismos genéticos, y si el cerebro manipula al individuo con el látigo de los sentimientos, ¿es el hombre una marioneta que ama, odia, siente dolor en el estómago, siente ganas de comer, de orinar, de hacer el amor, de leer, de dejar de leer, en fin de cuentas, una marioneta manipulada en última instancia por los hilos de la naturaleza, el último marionetero? En otras palabras, ¿son los seres humanos piezas de un juego de ajedrez movidas por la naturaleza con los mecanismos emocionales instalados en el cerebro de estas piezas de ajedrez? Unamuno dijo que si las piezas de ajedrez pudiesen razonar, se atribuirían a ellas mismas los movimientos, teniendo la ilusión de ser libres.⁴